

LA CRÓNICA

# El hombre que no debía nada a nadie

ARCADI ESPADA

"Tengo una idea muy triste de nuestro pueblo", repite más de una vez esta noche Manuel Ortiz durante la cena que los miembros del club Emprius han organizado con motivo de la publicación de *Una vida entre burgueses*, las memorias del que fue consejero de Gobernación con Josep Tarradellas. Desde que aparecieron, esas memorias son el comentario predominante de la sociedad política y económica barcelonesa. Tienen algo de particular: Ortiz parece no deber nada a nadie. Ni siquiera a sí mismo, y mucho menos al presente. Un hombre en esas condiciones tan infrecuentes es un escándalo. Por tanto, es natural que su libro regocije, duela y altere. Ha tenido, además, la virtud de demostrar que más allá de los vapores ideológicos, la división fundamental de una colectividad se establece entre los idiotas y los capaces. Me refiero a la idiotéz en sentido pristino y noble, es decir, a ese estado de la conciencia conquistado, humillado por una sola idea, sea cual fuere. Los idiotas han reaccionado contra el libro de Ortiz enarbolando los diversos cristos del ropero: Cataluña, el Antifranquismo, la Honorable y Laboriosa Burguesía. Ortiz los ha escuchado desde su habitual latencia escéptica y perpleja. Esta noche dice: "Parece que mi libro está en el número 1 de las ventas. Lo agradezco. Ahora bien, esto es decepcionante. ¿Cómo es posible que un libro sin ninguna importancia sea el número 1? ¿Cómo serán los demás?".

El ambiente en Emprius es de una suave y lúcida depresión casi anglosajona. A esos viejitos tarradellistas inapetentes que siempre eligieron las palabras como el mejor plato de una cena —el propio Ortiz, Josep Lluís Sureda, Josep Maria Castellet— es han sobrado 10 años. "Nos hubiéramos comido el mundo con 10 años menos", dice Ortiz. Sureda ha hecho un resumen admirable del libro, "testimonio excepcional sobre la vida civil y política de Catalunya". Tan educado, tan insólito el catedrático que leyó las memorias antes de hablar de ellas y además ha sabido explicarlas. La primera pregunta del coloquio traduce el microclima reinante. Trata sobre Pujol, la burguesía y el Gobierno de España. Ortiz contesta desalentado: "Ahora existía la posibilidad de un gesto. La hemos echado a perder. Roca no dice lo que piensa. Muy explicable. Si Felipe González lleva al Gobierno a los vascos, el desprestigio de Cataluña va a ser enorme. Y pagaremos las facturas, porque la historia se las cobra".



Manuel Ortiz junto a la viuda de Tarradellas, en el acto organizado el pasado martes en el club Emprius.

Sin embargo, a juicio de los viejitos, que Pujol no haya querido entrar en el Gobierno no es lo fundamental. Lo fundamental son las formas, esas formas maltratadas que en pocas décimas de segundo —Pujol, levemente de puntillas en los jardines de La Moncloa, paladeando con impudor caliente la venganza— han multiplicado por mil la distancia entre Cataluña y España y han dejado al presidente de la Generalitat en el limbo del estadista presunto. A los viejitos, que no fueron nunca disciplinados, lo que les causa pasmo y esta noche lo dicen en voz alta es la tierra quemada que el ordeno y mando de Pujol ha extendido sobre su partido y la sociedad catalana. Se preguntan por el coraje, por la libertad, por la dignidad incluso de Roca, de Alavedra, de los grandes y mudos burgueses, pertrechados detrás de sus siglas corporativas, sólo desde esas siglas pidiendo reflexión y pacto, pero incapaces de poner el apellido, el vibrante apellido, y la casta. Por eso se levanta Ortiz cuando le preguntan y pone esa cara de

asombro: "Nadie va a hablar aquí. Nadie va a decir lo que piensa. ¿Burgueses? Yo no veo ninguno. La burguesía catalana está más baja de tono que nunca. No hay líderes". Pero lo que el memorialista parece lamentar por encima de todo es la muerte del cinismo, del constructivo cinismo: "Los burgueses del franquismo sabían que defender Cataluña era sólo una consecuencia indirecta de la defensa de sus intereses particulares. ¿Cuáles van a ser ahora los intereses de una gente que ha vendido hasta la última de sus fábricas?". La pregunta acaba con cualquier expectativa de apurar la noche. Romà Planas, el tenaz mantenedor de Emprius —en catalán, "la tierra comunal"—, agradece el gasto de inteligencia, de humor y de melancolía. Ortiz queda firmando libros y a la viuda de Tarradellas se la lleva del brazo la esposa del rector Brizall.

En la sala queda la niebla, la habitual ganga pastosa, se diría, del pasado troceado, de las ocasiones perdidas. Pero no: es pura niebla de futuro.

JOSEP

Ya en l  
zaba a  
En 196:  
John H  
botellas  
que pu  
mente c  
Fue cor  
lismo er  
corrient  
bles al  
cuerpo.  
años no  
cultura  
por la c  
graves p  
los desp  
se ha ge

Hoy  
cido que  
problem  
human  
núcleo h  
el de la  
perdicio  
ne y la ca  
vida. La  
recogida  
dispensa  
des de l  
transfor  
cenario  
pezando  
co, que e  
nes y cor  
paulatin  
lectiva d  
tinuame  
materia  
papel y  
—como  
y en esp  
constitu  
a la cult  
mismo t  
tar la ex  
respecto  
vase y  
ofrecen.

Pero  
marse el  
venciona  
berán re  
nes de l

Y aq  
te se es  
drástica  
no. Aqu  
po de d  
configra  
razonab  
empieza  
cualquie  
próximo  
nueva se

bilados de Sants  
impian una parte  
la montaña

